

Honrado, honroso y honorable

El honor militar y el ideal democrático de la sociedad

Por: **Vicente Torrijos Rivera**

Político e Internacionalista, Universidad del Rosario



1. *Nemo me impune lacessit*

Dice el lema escocés que “nadie me daña impunemente”. Porque el honor es siempre superior a las circunstancias, al momento histórico y a las consideraciones individuales. El honor es esa fuerza vital que sobrevive aún en la mayor adversidad y es la fuente que alimenta las leyendas de las que se nutren las instituciones.

Individualmente considerado, el honor militar señala la obligación de obrar en todo momento de manera impecable. Socialmente, el honor es un ideal que se persigue y marca el rumbo de los pueblos. Por esa razón, cada conducta individual refuerza el ideal colectivo. Mancillar el honor es una grave afrenta que no puede quedar impune.

El honor del guerrero se basa también en los valores más sublimes. Eso explica que en el marco de un conflicto se res-

pete la honra del adversario. Pero cuando la conducta del otro se basa en la atrocidad y la violación de los códigos universales en los que el honor se asienta, el criminal solo puede esperar a cambio la máxima condena.

En consecuencia, el honor es una noción que se construye pacientemente y que exige conductas muy

precisas. Atentar contra el honor propio, y aún contra el ajeno, resulta humanitariamente degradante. Pero nadie puede reclamar el honor por generación espontánea. El honor cuesta demasiado, exige demasiado. Y solo lo merecen quienes lo han hecho valer en ese permanente ejercicio de perfeccionamiento deliberado, puesto a toda prueba.

2. Transacciones por honor

Los hombres que han sido investidos para monopolizar la fuerza son los que mayor virtud deben exhibir al usar esa fuerza. Por estar capacitados para destruir, son los llamados a evitar la destrucción, pues son quienes tienen la capacidad real de preservar los valores sobre los que las sociedades descansan. En ese sentido, los valores de la democracia son innegociables. El honor los resguarda.

...El servicio a la Patria en un cuerpo armado de cualquier fuerza, no solo implica el cultivo interior de ese principio sino un juramento, un compromiso vital con la entidad patria. Basta recordar el juramento que pronunciaban los caballeros medievales al ser armados como tales: “No sacar la espada sin razón ni guardarla sin honor”.

Es cierto que las sociedades primitivas también aborrecían el sometimiento y educaban a sus militares para garantizar la libertad repeliendo al invasor. Sin embargo, cuando esa libertad pasó a basarse en el pluralismo, y este estuvo garantizado por el rechazo a las conductas criminales, ningún relativismo pudo ser usado como excusa, ninguna causa pudo seguir siendo esgrimida como suficiente para atentar contra la población, ninguna transacción por honor siguió siendo admisible y fueron las propias sociedades libres las que se decidieron a impedir que se distribuyera poder convirtiendo al bandolero en dirigente o en maestro al maleante. Honor a quien merece honor.

3. La pérdida del honor

Una sola acción basta para perder el honor, pero, al decir de Benavente, quien pierde el honor de la noche a la mañana es porque jamás lo tuvo. Si la conducta del militar ha sido honrosa, es decir, si ha estado inspirada por el decoro y la decencia, el militar es honrado. Si el militar es honrado, o sea, si ha sido percibido por la sociedad como íntegro en el obrar y recto en su proceder, entonces, el militar será honorable.

Y si el militar es honorable, lo es porque su ejército y su sociedad lo consideran digno de ser acatado, susceptible de ser escuchado y factor indiscutible del equilibrio social cuando las fuerzas del mal y los perpetradores del terror pretenden erigirse como rectores de la vida en común.

4. Virtud, cualidad y obligación

Por ende, el honor es una virtud, una cualidad y una obligación. El padre Vitoria, fundador de la disciplina de las relaciones internacionales, hablaba de la distinción y el testimonio que se otorgaba a quien sobresalía por sus actos.

La reputación, el prestigio, permiten aspirar a los honores; pero el honor, en sí mismo, es el que obliga al militar ante los demás ciudadanos. Es la base de la disciplina con la que se puede aspirar a que la población descargue en ellos, libre y tranquilamente, la responsabilidad inmediata de mantener la integridad territorial y la soberanía en la doble dimensión que ella tiene, o sea, que ni desde afuera ni por dentro sean otros los que le impongan su voluntad o le marquen al Estado su destino.

En consecuencia, habrá momentos en que el papel del militar hasta resulte incómodo. Los cantos de sirena y las

...El honor es una
virtud, una cualidad
y una obligación.
El padre Vitoria,
fundador de la disciplina
de las relaciones
internacionales,
hablaba de la distinción
y el testimonio que
se otorgaba a quien
sobresalía por sus actos.



artimañas de un adversario habilidoso pueden, incluso, poner en duda el honor del Alto Mando cuando embriagan a la sociedad con promesas intrigantes y mundos posibles; es decir, con ilusiones destinadas a hacerse al poder más allá del campo de batalla.

No obstante, en esos momentos en que flaquea el ánimo colectivo y la Fuerza Pública es retratada por el contendiente como un obstáculo para lograr sus objetivos al amparo de espejismos y acrobacias, las enseñanzas de aquellos comandantes que, como indicaba el vizconde de Alamein, nunca mueren, resuenan con nitidez absoluta: "La iniciativa, una vez lograda, no debe perderse nunca; solo de este modo el enemigo tendrá que bailar al son que se le toque. Si se pierde la iniciativa ante un contrincente diestro, pronto nos veremos obligados a reaccionar ante sus golpes. Y una vez que esto suceda, bien puede perderse la batalla".

Entonces, el honor es una insaciable fuente de entereza que marca el sendero a la victoria, evita la improvisación, señala el rumbo más allá de coyunturas, por atractivas que parezcan. "Por eso, el comandante debe tener pensadas en todo momento dos batallas: la que está proyectando librar y la siguiente".

5. Religión de gente honrada

Cuando Calderón de la Barca decía que la milicia era religión de gente honrada, no solo estaba confirmando la tendencia universal a la humildad con la que el poseedor de las armas encomienda su tarea al Ser Superior sino que destacaba, también, como el honor es un contagio, gracias al cual las causas nobles se propagan y las perversas se derrumban.

¿Cuál debe ser la conducta de la milicia cuando se constata que el interés nacional, la soberanía y los más profundos cimientos de la democracia están siendo mancillados?

Obediencia, lealtad, paciencia, agregaba Calderón de la Barca, son las virtudes que les permiten a los hombres en armas mantener en todo tiempo la rectitud, la subordinación y el espíritu de servicio, de acuerdo con las leyes y la voluntad general.

De tal manera, que cuando esa religión de gente honrada se ve confundida, atribulada y desolada, hace oír su voz sin deliberar, encauza la toma de decisiones sin arbitrio y traza el rumbo de la sociedad sin altisonancia ni soberbia.

Ya lo decía Lao Zi hace 2600 años: "Yo practico el no - actuar, y el pueblo se transforma por sí mismo; yo prefiero la quietud, y el pueblo



se corrige por sí mismo; yo no me ocupo de ningún asunto, y el pueblo se enriquece por sí mismo; mi deseo es no tener ningún deseo, y el pueblo se hace sencillo por sí mismo”.

6. Sacrificios inútiles y verdades inmutables

Cuando las múltiples campañas no rinden fruto, la vida de los combatientes tiende a perder valor y el esfuerzo es mirado de soslayo; el

Obediencia, lealtad, paciencia, agregaba Calderón de la Barca, son las virtudes que les permiten a los hombres en armas mantener en todo tiempo la rectitud, la subordinación y el espíritu de servicio, de acuerdo con las leyes y la voluntad general.

desánimo cunde, el ímpetu decrece y la incertidumbre se apodera de la conciencia colectiva.

En aquella sensación sombría de que el deber cumplido resulta intrascendente o de que todo es negociable con el antagonista porque el pragmatismo así lo exige, el honor se convierte en verdadero refugio, en punta de lanza con la que el militar recobra el aliento temporalmente perdido.

“Hay un peligro que no parece que lo fuera”, aseveraba Sun Tzu hace 2400 años: “El de un pundonor mal entendido. Un general no debe ofenderse inoportunamente. No debe desalentarse si las cosas van mal ni creer que todo se ha perdido porque haya cometido algún error o le haya ocurrido algún revés. Por querer reparar su honor ligeramente herido, puede suceder que lo pierda sin remedio”.

En efecto, más allá de un simple facilitador de la catarsis, el honor es la marca distintiva con la que se mide la devoción castrense y con la que se entiende por qué un ser humano está dispuesto a diario a ofrecer su propia vida para que el maleante no se apodere de la vida del prójimo.

Por supuesto, la ingratitud, que nunca falta, puede conducir a la aflicción estratégica y a la desdicha personal. Pero al fundar su vida en el honor, el militar comprende, como lo anunciaba Sun Tzu, que “lo esencial está en la victoria y no en las operaciones prolongadas. El general que conoce bien el arte de la guerra, es el ministro del destino del pueblo y el que arbitra la suerte de la victoria”.

7. El fragor de la batalla

¿Para qué los ejércitos? Aquellas sociedades que han creído tener la dicha – siempre aparente– de plantearse esta pregunta, han terminado evaporadas o simplemente han tenido que apresurarse a matizarla.

Han tenido que hacerlo porque el deseo humano de vivir en paz y armonía, retomando el mito universal del eterno retorno para gozar algún día del paraíso perdido, no niega sino que, más bien, destaca la necesidad de permanecer alerta contra las huestes que, por una razón u otra, siempre estarán al servicio del terror, la tanato - estrategia o el culto a la muerte, la necrofilia política.

Entonces, es cuando el honor del guerrero recobra sentido y devuelve la esperanza aún a aquellos que soñaban con que sus sociedades avanzadas no tendrían por qué asumir gastos de defensa o sostener fuerzas armadas.

Tarde o temprano, el honor militar recupera el brillo y se muestra en su real magnitud sin que nadie tenga por qué desgastarse en la tarea de exhibirlo. Al decir de Clausewitz, la fuerza es apenas un reflejo más de la complejidad política, así que el honor militar pasa a ser el hilo conductor entre la toma de decisiones –propia de los gobernantes– y la vigencia de los valores, propia de los comandantes; formándose, en todo caso, una misma dinámica basada en la unidad, tal como sucede cuando esa ecuación está animada por la democracia. Sun Tzu señalaba que “incluso sin sacar la espada, un buen general procura la gloria a la república a la que sirve y asegura la felicidad de sus compatriotas logrando que se le deban el reposo y la paz”.

8. La voluntad de proteger

Por todas estas razones es que el honor militar tiene un solo propósito profundo: animar y garantizar la voluntad de proteger al ciudadano de bien. Más que la reflexión sobre los adversarios, a lo que realmente conduce el honor castrense es a amparar al ciudadano que depende de la capacidad de los ejércitos para conservar intactas su libertad de actuar y de pensar.

Esa es la verdadera ley del honor. “Tenemos que ser fieles a nuestros valores, que son los que nos distinguen de nuestros adversarios”, decía el general Petraeus en su decálogo como comandante de las tropas norteamericanas en Afganistán.

Valores que son los que le dan sentido a la tarea de proteger al ciudadano, no tanto por preservar un estado de cosas sino por mantener vivo el ideal de transformación en el que toda democracia se basa, por imperfecta que sea.

Por eso, una democracia auténtica no puede ufanarse de ser débil, pusilánime o dispuesta a todo. Las democracias genuinas se basan en no tolerar a quienes pretenden destruirla. Y en la inconclusa búsqueda de proteger al ciudadano, bien vale la conclusión a la que llega Edward Luttwak, al estudiar el imperio bizantino: “Evitaban la guerra, pero hacían que su adversario la percibiera siempre como inminente”.

9. Mística de pocos o contagio de muchos

Destaca Michael Howard en su estudio sobre la guerra en la historia europea que durante la Restauración, a lo largo del siglo XIX, los ejércitos trataron de volver al patrón de oficiales aristocráticos que prestaban servicios durante largo tiempo desempeñándose alejados del resto de la comunidad.

En tales condiciones, era apenas natural que se formara una idea diferenciada del honor militar y solo un puñado de iluminados o privilegiados se creyese depositario de las virtudes castrenses. Por el contrario, los ejércitos de las democracias se basan en el contagio del honor, en su inoculación en todos los sectores y niveles.

Por ejemplo, un código de honor como el del Ejército colombiano se basa en la defensa de las libertades democráticas, el uso prudente de la fuerza, el coraje y la solidaridad en el combate, la magnanimidad en la victoria, la compasión con el enemigo capturado y la dignidad para superar la adversidad, por difícil que resulte.



Dicho de otro modo, un código de tal estirpe se basa en la propagación de ideales y parámetros mensurables de conducta. No se construye sobre la base de exaltaciones ni privilegios o presepas. Se funda, más bien, en pautas imperecederas y compartidas para no claudicar ante el adversario por escurridizo que sea, por adaptativo y sagaz que se muestre, tanto en el accionar político como en el diplomático o en el uso de la fuerza.

Por eso el honor militar descansa en las armas, pero no se debe a ellas ni pervive a expensas suyas. Antes bien, las armas son solo un pretexto para consolidar las bondades de la sociedad democrática. Lao Zi recuerda que “las armas no son instrumentos del hombre virtuoso, son instrumentos nefastos que solo han de usarse en caso de necesidad. No es bueno buscar armas afiladas... Las armas más eficaces del Estado no deben ser exhibidas”. Agrega que “un buen jefe militar no tiene aspecto fiero, un buen guerrero no hace alarde de su fuerza”.

10. Más allá del honor y la gloria: ni panegíricos ni apologías

En definitiva, el honor no es materia de alabanzas. Es una imposición, un compromiso, una tarea libre y felizmente acogida. Michael Ignatieff ha indicado que “el honor del guerrero fue tanto un código de pertenencia como una ética de la responsabilidad. Allí donde se practicaba el arte de la guerra, sus protagonistas distinguían a los combatientes de los que no lo eran, los objetivos legítimos de los ilegítimos, las armas morales de las inmorales, y, en el trato a heridos y prisioneros, las costumbres bárbaras de las civilizadas. Así, aunque los códigos se incumplían con la misma frecuencia con que se observaban, la guerra sin ellos no pasaba de ser una vulgar carnicería”.

Por ende, el encanto del honor reside en que siempre está siendo puesto a prueba. El honor militar supervive en la memoria, en los ideales, en las instituciones, en la historia, pero, en cualquier caso, se somete, incesantemente, a las pruebas más diversas. Primero que todo, se somete a prueba en el engaño, cuando el

Ayúdame, oh
Señor, cuando la
muerte esté cerca
a mofarme del
macilento semblante
del temor; que
cuando caiga, si he
de caer, triunfe en el
polvo mi alma.



adversario, sintiéndose irresponsable ante el orden humanitario global, aterroriza y destruye por doquier, pero al mismo tiempo siembra la ilusión de paz, de concordia y armonía.

Jeremías, 9:7, permite entenderlo a todas luces: “Su lengua es una flecha que mata, diciendo mentiras; le desean al prójimo la paz, pero, en su corazón, le preparan una trampa”. De tal manera, que en medio de la celada, la conspiración, la emboscada o el complot, el honor militar se purifica; y desenmascarando al farsante, reluce siempre con mayor intensidad y nitidez.

Segundo, el honor se somete al máximo escrutinio superando la tentación del odio, la venganza y la barbarie. Ignatieff asegura: “Aún merece la pena tener reglas (...) Hay guerreros humanos e inhumanos, guerras justas e injustas, formas de matar necesarias y formas que nos deshonran a todos”. Por eso, ante un adversario noble que sabe respetar las leyes de la guerra, que asume con altivez las leyes del honor –aún frente al más insensible criminal– el honor se perfecciona y se redobra bajo el estímulo de la magnanimidad.

Por eso es que en la historia siempre ha existido la posibilidad de que a los defensores de una fortaleza se les permita rendirse con honores, saliendo de ella con su armamento, con las banderas al viento, con las bandas musicales tocando las marchas de rigor, finalizando el ritual con la dejación de las armas. Es la “rendición con honor”, o sea, aquella que surge, como bien dice Sun Tzu, del reconocimiento de que el enfrentamiento puede darse con adversarios, “quizás tan prudentes y valientes como tú ... así que no te encarnices con un enemigo acorralado”.

Tercero, el honor se mide por la sostenibilidad que tiene, más allá de la vida corta o larga de quien lo ostenta pasajeramente. Al fin y al cabo, los mitos que brillantan el honor se avivan en la inevitable oscilación entre un extremo: hacer

todo lo posible por lograr la victoria; y el otro: la compasión que merece el adversario doblegado.

Por último, el honor preserva a la milicia del triunfalismo y le exige entregarse a plenitud en cada momento de la contienda, como si ella apenas estuviese comenzando. Así que “¡no te regocijes de tu victoria! –sostiene Lao Zi– Regocijarse de la propia victoria es encontrar placer en matar y quien siente ese placer no podrá realizar su ideal en el mundo”.

En conclusión, el honor se refrenda a cada paso, principalmente en la entrega de la milicia que sirve a su patria porque el mando así lo inspira. Como bien lo ha dicho Ángel Expósito, “es muy difícil, por no decir imposible, que un civil sienta el pleno significado de la palabra ‘honor’, tal y como la entienden los militares. Por eso y por el honor de los mutilados, de los muertos, de los que a buen seguro van a seguir muriendo, y, sobre todo, por el honor de quienes siguen vivos jugándose la vida por nosotros, hay que ofrecerles todo el reconocimiento. Por ser capaces de dar su vida en una Guerra, con mayúsculas”.

Por eso, el honor del guerrero requiere el impulso de la compasión, pero, sobre todo, requiere del decidido e indeclinable afán por la victoria, único afán que les garantiza a las sociedades democráticas que no sucumbirán ante el chantaje, el crimen o el terror.

No en vano, cuando el mariscal Montgomery, durante el avance del 8o. ejército, después de El Alamein, halló en el desierto occidental este poema, lo llevó siempre consigo y lo convirtió en lema y razón de ser de su desempeño:

Ayúdame, oh Señor, cuando la muerte esté cerca
a mofarme del macilento semblante del temor;
que cuando caiga, si he de caer,
triunfe en el polvo mi alma. 🕊